

con esas almas que sucumben al peso de una gran desgracia y que hasta en medio del martirio han tenido la vista fija en el infinito

Los que sientan esas inefables delicias, los que crean y amen, lean estas hojas, que han sido escritas para ellos.

Los que se inclinen á ese abismo donde sopla rebramando el huracan de las decepciones; hallarán un tipo querido en el amante de Leona. Nosotros no condenamos á este amante porque sabemos que para las almas gastadas, para los corazones carcomidos, hay una compañera: *la tristeza*, y una voluptuosidad: el *sepulcro*.

A los que crean que estas escenas son inverosímiles y necias, yo les diré: no juzgueis el libro. *Vide cor tuum!*

JUAN DE D. PEZA.

LEONA

I

Dulce y apacible, con mirar de ángel, con sonrisas de cielo, con hablar de música divina: cuanto es bello el infinito de la dicha, cuanto es de tierno el cielo que nos sonríe en la felicidad; cuanto es bella la naturaleza, y esta en una mujer, con todos sus encantos, con toda su poesía, con toda su vida: tanto era bella Leona, tantos dones preciosos, tanta joya brillante y valiosa adornaban su existencia.

Como una bella reina en medio del mundo y de la sociedad luce entre todos, por su hermosura, por su majestad, por su poder, por su riqueza; así Leona brillaba entre el lodazal del mundo.

Leona era bella, bella como la mañana primaveral.

Amaba, amaba mucho, con toda la belleza de su alma, con todo el esplendor de su riqueza moral, con todo el ardor de su corazón de fuego.

Amaba, y no era amada, sufría . . . sufría con todo el poder que tiene el dolor, en las almas bellas y en los corazones tiernos.

Sin embargo, era feliz; amando como amaba, la imagen de su bien, la traía grabada con caracteres de fuego en su alma: el ardor de aquella pasión desgraciada la consolaba con lágrimas y la mitigaba con oraciones.

Lloraba mucho y tanto . . . que sus hermosos ojos desfallecían; como la violeta que vence el peso del rocío, había vencido el llanto sus párpados.

Y sus ojos así, eran bellos, como es bella la violeta que cae tristemente al suelo, derramando las gotas que la vencen.

Las lágrimas la consolaban, la oración la esperanzaba.

¿Quién que sufre como Leona, no llora para consolarse, no reza para esperanzarse? . . .

El amor del mundo es el llanto.

El amor del cielo es la oración.

Amar á la vez el mundo, sintiendo en el alma la felicidad del que hay en el cielo; amar y

no ser amado aquí; amar y ser amado por el cielo, es estar en la tierra y vivir allá.

Por eso aun cuando Leona sufriera y amara mucho al hombre que la olvidaba; ella en el éxtasis de su oración pedía por él, en el raudal de sus lágrimas le daba su amor y lo perdona.

Y gozaba entonces, no con el goce mundanal de almas serviles, no; con el goce divino, bálsamo encantado que abriga á las almas en el infortunio, con aquel goce que habla de Dios porque se siente cerca; que habla de cielo porque se habita en él; que habla de amor, porque se pierde uno, el finito, para ganar otro: el infinito.

Leona amando como amaba, sufría y perdona, gozaba y amaba más.

II

El, la amó . . . despues, la olvidó: ó tal vez fingió amarla y aceptó fácilmente el olvido.

Y sin embargo de que no habia en su alma, el eco dulce del amor . . . sin embargo, aquellas lágrimas le podian!

El, no la amaba, sufría, su semblante se demudaba á la vista de ella.

Habia algo, algo terrible en el fondo de su alma que se revelaba en su semblante, cuando alguna vez la veía.

El alma es un lago, en el fondo se agitan infinitas de materias sucias, está tranquilo mientras no hay una mano que las remueva.

Removidas estas, el agua se enturbia, la calma de aquel lago se desvanece y se agitan en su seno, multitud de gusanos.

De aquel espíritu en calma, ella, con su presencia dulce, removía su fondo, á la superficie salía el lodo, y el hombre se demudaba, el semblante tranquilo se le oscurecía, la negra suciedad del olvido, aparecía.

Y al recuerdo de ella, él, siempre pensaba triste por no poder amarla.

En el cielo mas azul, hay nubes que pasan.

En el alma mas tranquila, hay recuerdos que inquietan.

En el cielo de su vida, en el mas sereno; ella . . . siempre ella como una sombra; como una nube negra pasaba, enturbiando con su recuerdo la serenidad.

El, sufría y no amaba; era desgraciado, desgraciado como el esclavo que arrastra la cadena, desgraciado como el viajero que muere en medio al desierto, sin pan, sin choza, sin amor.

El recuerdo de tantas lágrimas por su mal vertidas, formaban en su conciencia un nublo y en su porvenir una negra sombra.

El recuerdo de haberla engañado, era su infierno, y encadenando su vida en el dolor, no amaba á la mujer, porque un mundo de dolores lo sujetaba.

A tanto sufrir no lloraba, sus sufrimientos no eran para llorar; se desesperaba y blasfemaba.

Hay lágrimas y dolores que son oraciones, y otras blasfemias.

No siempre el llanto consuela, no siempre es el sufrimiento el que las hace brotar.

Quería amarla para dejar de sufrir, quería volver á su seno y fingirla; su sufrimiento lo desesperaba, á ella en cambio el suyo la hacia gozar.

En ella la abnegacion era un placer, el amor un mundo abierto de esperanzas.

En él, el sufrimiento era la desesperacion; aquel amor triste y melancólico de la mujer que amó, lejos de hacerle conocer el cielo, le procuraba el infierno.

Quería amarla: su razon le ayudaba; su corazon se oponia.

Y en esa lucha, lucha entre dos titanes, entre el pensamiento y el sentimiento: él, como el medio de aquella accion, sufría los acontecimientos y se despedazaba.

Ella ante un altar entretanto, con el alma siempre para él, pero en Dios, rogaba y lloraba y mucho, mucho lo amaba.

III

Pasaban tristes y silenciosos los dias trayendo en cada uno de ellos, un raudal de lágrimas para Leona y un mundo de remordimientos para él.

Tanto se entristece diariamente, tanto la imagen de ella viene á tocarle el sentimiento mas delicado, tanto la ve llorar, que se acostumbra al sufrimiento y hace de él, una vida llena de poesía.

El sufrimiento, decia á veces, ennoblece, si ella sufre y llora por mi amor, yo me despedazo y me hiero á cada paso el corazon al recordarla así.

Si no puedo amarla, ¿podré darla felicidad?.....

Si de nuevo la finjo amor, si no va acorde con el latido de mi corazón... ¿podré ser feliz?

Alma mía!... huye, disipa las nieblas que hoy te oscurecen, busca la muerte para el cuerpo y parte...

Así llorando unas veces, otras pensando y atravesando con el pensamiento los mundos mas ilusorios que un corazón amante y joven procura, solía hacer reflexiones, cuyo peso y verdad, le procuraban un consuelo y le prestaban ánimo.

No amaba porque no sentía al amor, llenarlo y elevarlo; porque aquel corazón gastado por no sé qué terribles desengaños, le hacían ser noble la primera vez de su vida, y prefería hacer sufrir á la mujer, con la realidad de una ilusión, que el hacerla gozar con el vaporoso velo de un amor fingido, destrozándola quizá mas y mas, cuando ella al fin, penetrando el alma, comprendiera que ese amor era engañador.

Nobleza la suya que prefería sufrir y hacer sufrir, que engañar y ser engañado el mismo.

¿Qué había en esa alma muerta para el amor, y sin idea siquiera del sentimiento?

¿Qué había en ese fondo oscuro, en ese cora-

zón gastado, en ese ser extraño que, no amaba á la mujer mas hermosa y mas tierna?

Había amor, no á la mujer, no á la forma que la revestia, había un secreto movimiento que le hacía ver mucho mas bella á esa mujer, llorando y sufriendo por el amor.

venia suavemente á herir con sus rayos el corazón aflijido.

Dios! . . . Dios! . . . sus labios movidos por un resorte imperioso, exclamaban: Dios está aquí, la soledad me llama á su seno, él es quien me guía á estas horas y á este lugar para conocerlo, ya que tanto lo he desconocido.

Repentinamente se paraba, alzaba la cabeza y sus ojos permanecían estáticos, mirando tras las hojas perderse y volver á aparecer en los claros, á la luna que callada y misteriosa, le vá mandando sus rayos indecisos, sus rayos claros, sus rayos poetizados por la armonía del conjunto de ese jardín.

Mundo cruel! . . . vé á penetrar á ese corazón, busca sociedad impía en el fondo de esa alma, que no ama á la mujer que lo ama, lo que hay, lo que guarda, lo que siente.

No encuentras ni puedes buscar, mira: el silencio y la pavora en su redor; el infinito ante sus ojos, la naturaleza á su contemplación, Dios en toda su alma. . . . su alma en todo el Dios.

IV

Era la media noche.

Silencioso paseaba por la calle de un magnífico jardín.

Los árboles al soplo de la brisa, movían sus hojas, produciendo en su choque un constante y triste suspiro, el agua de la fuente cayendo sin cesar era un murmullo melancólico, era una constante queja.

Nada más se oía, era un silencio aterrador; mas; ay! para el pecho atormentado cuánto decía esta soledad!

Al través del verde follaje de los árboles, se traslucía la magnífica luz de la luna que, con una melancolía propia del fulgor de un astro brillando en la extensidad del infinito callado,

estaba, al árbol que le prestara sombra, á la música que lo enagenara y al licor que lo embriagara dulcemente.

Sí; él la habia amado como parte de la naturaleza que sentia bullir y agitarse en su alma, que sentia en el infinito y que adoraba en el universo.

Poeta, amaba solo al ver y encontrar en el objeto, la armonía que sonaba constantemente en su alma.

La mujer fué una reunion de sentimientos bellos; amó á la mujer por conocerla y por tener del sentimiento la verdadera impresion, la mas dulce, la mas sonriente, la única que en la vida pudiera llamarse felicidad.

Ella, en cambio, lo lloraba, él la habia hecho con sus cantos, conocer el mundo, y despues de conocido la llevó á su mansion, la hizo vagar por el infinito, la hizo grande como él, la bañó con luz y la adormeci6 con música: en el sueño de su fantasía la ador6, despierto la olvid6.

Leona lloraba y rezaba.
Habia hecho de sus lágrimas un culto y de sus plegarias un conjunto de sentimientos nobles, que la hacian esperar una vida tranquila y feliz.
Dos almas eran que pasaban el sendero de la vida, sin consolarse, sin ayudarse, sin comprenderse.
Ella era para él. él era para la naturaleza, era para la armonía de la vida; él, era poeta y por consiguiente extraño en esta vida y desconocido.

La habia amado; como amara un dia, la flor que cae y rueda por el suelo, como amara una violeta que perfumara su aliento un instante, al agua que lo bañara en la ribera del rio, al cielo que mirara sonriente su dicha, al aire que lo re-

estaba, al árbol que le prestara sombra, á la música que lo enagenara y al licor que lo embriagara dulcemente.

Sí; él la habia amado como parte de la naturaleza que sentia bullir y agitarse en su alma, que sentia en el infinito y que adoraba en el universo.

Poeta, amaba solo al ver y encontrar en el objeto, la armonía que sonaba constantemente en su alma.

La mujer fué una reunion de sentimientos bellos; amó á la mujer por conocerla y por tener del sentimiento la verdadera impresion, la mas dulce, la mas sonriente, la única que en la vida pudiera llamarse felicidad.

Ella, en cambio, lo lloraba, él la habia hecho con sus cantos, conocer el mundo, y despues de conocido la llevó á su mansion, la hizo vagar por el infinito, la hizo grande como él, la bañó con luz y la adormeci6 con música: en el sueño de su fantasía la ador6, despierto la olvid6.

Leona lloraba y rezaba.
Habia hecho de sus lágrimas un culto y de sus plegarias un conjunto de sentimientos nobles, que la hacian esperar una vida tranquila y feliz.
Dos almas eran que pasaban el sendero de la vida, sin consolarse, sin ayudarse, sin comprenderse.
Ella era para él. él era para la naturaleza, era para la armonía de la vida; él, era poeta y por consiguiente extraño en esta vida y desconocido.

La habia amado; como amara un dia, la flor que cae y rueda por el suelo, como amara una violeta que perfumara su aliento un instante, al agua que lo bañara en la ribera del rio, al cielo que mirara sonriente su dicha, al aire que lo re-

mi desventura; en su alma angelical ha germinado la idea de conocer el amor bajo todos sus prismas encantados y bajo todos los dolores reales que tiene.

El amor de ella no es para mí, es para otro mundo, es para otro cielo y para otro ser.

Yo no la amo y sin embargo sus lágrimas, me hacen sentir inexplicables torturas y distintos sentimientos.

Amo sus lágrimas, amo sus plegarias, y en el fondo de mi alma no siento aun cuando rebusque, amor para ella.

Llora, y es su llanto para mí un eco que me embriaga, un aliento que me revive, y una vaguedad desde luego me adormece para hacerme ver no sé qué mundos de idealismo y de poesía.

Quizá no sería tan sublime su amor desgraciado, si no lo acompañara el llanto y lo protegiera la oracion.

Yo no quiero vivir mas en el mundo, la idea de hacerla daño me consume, el sentimiento de no poder amarla me destroza, y el recuerdo, el recuerdo de haberla engañado burlando su fé, destrozando su alma, me consume, matando poco á poco mi existencia.

VI

En tanto que el amor en ella procuraba la esperanza; en él hacia impresiones terribles, producía sentimientos crueles y pensamientos tristes.

La vida! se decía á sí mismo, la vida no me procura todo el placer que ambiciona mi alma, yo no soy feliz sino es en el inmenso campo que se me ofrece en el infinito: pobre Leona, amar-me, es amar en mí un imposible, puesto que soy en la vida real un imposible; siento agitarse en mí al amor, pero ese amor es inmenso, es grande, no es el de una criatura, ni mucho menos solo para ella.

Leona me ama, llora sin cesar por mí y por

El suicidio! . . . oh, Dios mio, mi cerebro se enloquece; perdóname Leona! . . . y tú, Señor, quítame la vida ántes que ir á pedir al crimen su auxilio.

IV

Amo sus lágrimas, amo sus lágrimas, y en el fondo de mi alma no siento su cuando repuso: Pobre, con triste soledad á su alrededor, con tantos recuerdos de su vida, hablándole á su conciencia, sin fé, sin amor, sin ilusiones en el mundo; aquella mujer triste, diciéndole con sus lágrimas perjuró: envolvían su ser, lo enloquecían y la fría mano del suicida le ofrecía para tanto dolor, el alivio en una copa de veneno.

Y él anhelante, sin sentir ni la fuerza de ese imán que atrae al que sufre; sin pensar en el crimen; se acercaba de día en día á la copa, para beber su mentida esperanza.

El primer paso estaba dado, había perdido el corazón y se acercaba extendiendo el brazo para tomarla, el olor de aquel bebedizo lo embriagaba; en la embriaguez, en esa locura en la que se pierde todo el sentimiento, dejando el hombre

VII

Pobre, con triste soledad á su alrededor, con tantos recuerdos de su vida, hablándole á su conciencia, sin fé, sin amor, sin ilusiones en el mundo; aquella mujer triste, diciéndole con sus lágrimas perjuró: envolvían su ser, lo enloquecían y la fría mano del suicida le ofrecía para tanto dolor, el alivio en una copa de veneno.

Y él anhelante, sin sentir ni la fuerza de ese imán que atrae al que sufre; sin pensar en el crimen; se acercaba de día en día á la copa, para beber su mentida esperanza.

El primer paso estaba dado, había perdido el corazón y se acercaba extendiendo el brazo para tomarla, el olor de aquel bebedizo lo embriagaba; en la embriaguez, en esa locura en la que se pierde todo el sentimiento, dejando el hombre

de ser noble, dejando de aspirar esa vida suprema, convirtiéndose en un esclavo vil de su miseria, fingia en su mente delicias grandiosas, que creia encontrar en la muerte: ora se creia muerto, rodeando su cadáver amigos de su niñez y admiradores de su talento, todos llorando en su muerte al amigo tierno y al poeta sentido: ora se veia en el sepulcro que cuidaba siempre una mujer pálida y llorosa, regando con sus lágrimas las violetas que amorosa plantó en torno, como una prueba de su puro amor.

La idea de ser feliz, aun cuando sea en otra vida, atrae al suicidio que es la manera mas pronta de serlo.

Ella llora en mi vida; llorará en mi tumba con el placer que pueda sentir el alma enamorada, el alma buena; cuando piensa que el espíritu que voló, solo debe vivir para el amor.

VIII

Mientras que en su mente ardía esta terrible y espantosa idea, buscaba en el verdadero amigo del triste su consuelo.

Los libros le endalzaban su existencia, engrandeciendo su espíritu.

En distintos autores buscaba la aprobacion de su idea y todos ellos la reprobaban.

Los mas queridos de él, aquellos que habian dadole fuego para amar, sentimientos nobles para creer, ciencia para conocer; los encontraba necios porque en esa locura ya en su cerebro fijada no iban acordes; siendo así que en todo lo demas, los pensamientos y sentimientos suyos eran los de él.

Aquello que, como los libros fueron en un